

cionado notablemente en el punto de vista moral, tanto por lo que concierne a cuestiones de dinero cuanto por lo que respecta a sus relaciones sexuales y sociales. El celo, la arrogancia y la despectiva aspereza mora, en el fondo, como en la forma, se han dulcificado en nuestros trópicos.

Tengo por el criollo español una amistad muy real y bien fundada. Si lamento su superficialidad, su informalidad, su apatía, es sobre todo porque se ejercitan en perjuicio de una raza digna de interés por mil títulos, y que si no siempre explota por codicia o por crueldad como los españoles, sí la tiene postergada por ignorancia e imprevisión; de lo cual solo hasta cierto punto es culpable, pues desde niño se le ha enseñado a aceptar tan peligrosa e injusta situación como cosa irrevocable y definitiva. El criollo español es por naturaleza humanitario, sensible, y afinado, pero sin voluntad, sin disciplina moral, ni social, ni cívica, aunque muy susceptible de perfectibilidad por la educación y sobre todo por el ejemplo. Y este ejemplo se lo puede dar el Indio educado, cuyo carácter, como el color de su piel, es de bronce.

Cuán difícil es conformar su vida con sus sentimientos, sus ideas con sus actos. También en este punto, Madero es perfecto. Amaba a los animales y no comía carne. Qué apóstol ha tenido como él la oportunidad de demostrar su sinceridad? Predicó las virtudes privadas y cívicas, y jefe de su país las practicó todas (*bondad, benignidad, mansedumbre, fé, modestia continencia y castidad*). Aquí, en este hotel, converso todos los días con dos de sus parientes, y no obstante que en alguno de estos señores se observan vagos resentimientos por las persecuciones y las grandes perturbaciones que han sufrido y siguen sufriendo en sus personas y sus negocios aún cuantiosos, esas conversaciones, tenidas en momentos de la intimidad y la expansión que provoca el sufrimiento, la angustia de no tener noticias de sus familias

desde de su fuga, me persuaden cada vez más de que Madero es el hombre lógico por excelencia.

El último encuentro de Madero y Huerta. Huerta penetra en el aposento que sirve de prisión al Presidente, pronunciando estas palabras: "Vengo a ver cómo tratan a mi prisionero". Y la enorme indignación del gran traicionado explotó en estas palabras: "Bandido, traidor, usted ha manchado al Ejército". Huerta dirigiéndose a los oficiales que lo acompañaban: "Está loco", dijo. Y se alejó de allí violentamente.

En las calles de París, se encuentra con mucha frecuencia, fijada en los postes, la siguiente inscripción: "Soyez bons pour les animaux." El falansteriano Fourier mejoró la suerte de los animales no por una ley que los protegiera, sino simplemente repitiendo ese hermoso precepto hasta hacerlo penetrar en la conciencia pública. ¡Tened piedad del Indio! Yo quisiera gravar esta imploración, esta enseñanza en la adormecida conciencia de los mexicanos.

Si los autores que escriben sobre los hombres, sobre los pueblos, sobre las razas, fueran despiadadamente sinceros, jamás llegarían a la segunda edición.

Que el alemán, el ruso, el francés y el yanqui excegren al judío, se explica. El judío, rico o pobre, tiende a chupar la sangre de sus semejantes, es el eterno parásito de la humanidad. Pero odiar a su indio, a su negro, a su esclavo, es tan absurdo como odiar a su caballo, a su perro. La comparación es justa, en cierto punto de vista.

Un respetable ministro maderista me dice que en

su primer encuentro con su víctima después de la Traición, Huerta le dirigió estas cínicas palabras: "Desde que me dió Usted la división del Norte, le tengo a Usted cogido".

Pienso en el último momento del gran Mártir. En la Habana, su viuda, esa otra mártir, me contó que su rostro tenía una expresión tranquila. Admirable valor el de esta gran mujer que atraviesa las filas de los asesinos y sobreponiéndose a su horror, a todo lo horrible de su situación, solicita ver el cadáver del amado para depositar el último beso sobre aquella frente, cuyo centro preciso, como para robarle hasta ese beso, había sido perforado por una bala... ¿Qué mirada podrá sondear los secretos que se ocultan en los ojos de los muertos? ¡Madero, alma pura, alma de aurora!

Un rasgo que pinta a maravilla la mentalidad felixista. Cuando el primer cuartelazo, todos los criollos y asurianos felixistas decretaban con fuerte convicción que el general Beltrán "había traicionado". Si el general Beltrán, ex-director del Colegio Militar, que como lo dijo él mismo, había enseñado a sus discípulos el honor, la lealtad de su bandera, hubiera hecho lo contrario, ¿como habrían los felixistas calificado su conducta?

Vencidos los febreristas, ante el evidente fracaso de su sistema, Madero se habría inclinado al radicalismo de su hermano Gustavo y quizá hasta habría tratado con Zapata, pues no ignoraba la absurda oposición de la mayoría criolla y la urgencia de resolver los problemas agrarios. Cuando yo le exponía mi proyecto de redención del Indio por el criollo, aquel presidente de cuarenta años, aquel gran obstinado de la fe, contestó moviendo expresivamente la cabeza: "Yo sólo tengo fe en el pueblo

humilde"... ¿Con quién hicimos la guerra? "Y volviéndose hacia uno de sus amigos que le acompañaba "verdad que no la hicimos con los bombines? Con la libertad lo tendremos todo". Transmito estas palabras a la historia. Expresan el estado de alma de aquel gran sincero, un mes antes de su caída.

Lo matasteis para matar la flama, verdad? Hoy la flama es un incendio.

Pero si la obra de Madero, el gran Benefactor, no será estéril, la obra de Huerta, el gran Traidor, sólo servirá para evidenciar su impotencia. La ambición personal, después del triunfo, tendrá que replegarse al obscuro rincón del cual surgió.

El pueblo azteca no consentirá en ser gobernado por traidores. Las naciones de América que marchan a la cabeza de su civilización, los Estados Unidos, Argentina, Brasil, Chile y Cuba, repudieron un gobierno que nacido del crimen, ha deshonrado el continente. Entre Savonrola y Tartufo, como entre Wilson, Embajador-Negociante y Wilson, Presidente-Universitario, media la distancia de la virtud al crimen.

Huerta ha venido a dividir a la familia mexicana en dos campos que ya no discuten, que no cambian ya ideas sino que se execran, se repelen y ya no se unen sino para pegarse marrazasos. Huerta ha venido a provocar la "lucha de clases" que tanto temió Madero y que supo conjurar en Ciudad Juárez. Con opuesto propósito, Huerta ha venido a prestar el mejor servicio a la causa del pueblo. Los padres se odian, hoy, para bien de los hijos, mañana. Las cosas claras. Hoy ya cada quien sabe por qué lucha y cómo debe luchar. Si Carranza fra-

casa, tras de la lucha de clases vendrá la "guerra de razas" que traerá la intervención o la ruina de todo lo existente.

Es innegable que la característica de los grandes hombres, de los verdaderos grandes hombres, lo que los diferencia de los falsos, de las celebridades de un día, es el VALOR. Sobre esto todo el mundo está de acuerdo, y sin embargo, cuando se habla de Madero, los criollos se encogen de hombros.

Hoy que estas grandes páginas de la historia de mi país se encuentran frescas en el espíritu de algunas inteligencias selectas, doy gracias al destino de haberme traído al mundo en un momento propicio para medir lo que la humanidad contiene de miseria y lo que encierra de sublime.

Los rasgos de valor del Apóstol no son ignorados, porque todos los actos brillantes atraviesan los duros cerebros de las más degeneradas multitudes y sin embargo, aun hay quienes pregunten: entonces ¿cómo es que dimitió? Pero desgraciados, dimitió *cuando no le quedaba un soldado*, cuando todos los que tenían un arma lo habían traicionado y no obstante, sólo lo hizo después de haber obtenido la promesa formal de que todos sus amigos, sus fieles, tendrían asegurada la libertad y salva la vida. Insensata y criminal hubiese sido la resistencia de Madero en semejantes condiciones.

He visto la tierra cubierta de sangrientas lenguas humanas. Los metropolitanos se las han arrancado de un mordisco y las han arrojado al suelo. A la libertad corporal (libertad.... ¿puede eso llamarse libertad?) a la vida (¿puede eso llamarse vida?) han sacrificado sus

lenguas. Tal fué mi sueño, mi horrible pesadilla que reconstituyó al despertar. (Un amigo me escribe que el 8 de Diciembre, en "El Imparcial," apareció un ukassé en el que con grandes letras se informa al público que todo el que propale noticias desfavorables al gobierno, será consignado a las armas.

Y me alegro. Recordáis la delicia con que aquellos hombres acogían la vil impostura diaria que les servían los periódicos? Se llevaban "la noticia" a casa, la cuidaban y la cultivaban como un pequeño arbusto....

Solo los héroes inmolan la fortuna y la vida. Los comunes mortales, por grande que sea nuestro altruismo y nuestro patriotismo, no queremos que se toque ni nuestra libertad personal, ni nuestra fortuna, ni mucho menos nuestra vida. Por eso hoy día consideramos á Huerta como nuestro personal enemigo. Lo que no pudo hacer la indignación y el honor, ¿podrá quizá realizarlo el egoísmo? Pero el egoísmo es pasivo y cobarde.

Mi frenesí libertario, mi piedad por la oprimida raza americana, me colocan en un estado de intransigencia que muchos han tomado por exaltación, apasionamiento, demencia.... Y esas almas cobardes no me inspiran piedad. No conozco ceguedad tan inmoral como la de la masa criolla de México, felixista o huertista a raíz de espantosos atentados. Pero el criollo que aplaudió el asesinato de su primer caudillo, Iturbide, a quien debe su actual hegemonía, no podía menos que absolver y glorificar el asesinato del más grande de los suyos.

Si llegais al poder, ciudadano Carranza, preocupaos ante todo de la realidad social. Pensad que la vieja mu-

ralla criolla va a procurar encerraros para quitaros el fresco y apartar de vuestra vista el horizonte de los grandes dolores y las grandes miserias. Apartaos de la gran legión de capitalistas espoliadores y funcionarios sin honor ni conciencia. Recordad que en vuestro país la República es para los perezosos un pan, para los militares un oficio, como una industria para los abogados sin pleito y los periodistas sin talento; un refugio para los ineptos de todas las clases, una máquina de amalgamar todas las escorias, y pensad sobre todo, en que si el Indio es libre según los códigos, es siervo aun por la permanencia de las costumbres autoritarias, hondamente enraizadas en el alma criolla, más esclava aún, voluntariamente, que sus propios esclavos.

El maderismo no es un partido político sino una evolución, una condición de desarrollo humano, un esfuerzo hacia el mejoramiento del pueblo por la moralización de las funciones públicas. El maderismo es un credo de Caridad y de Civismo. En México no hay partidos políticos, pues estos no son sino bandas personalistas, famélicas, cuyo nivel moral puede distinguirse por la mayor o menor moralidad de su patrón. Por eso la mentira, la impostura política, la campaña de calumnias, la violencia, son los más propicios medios para llegar al poder. El mismo Partido Católico es una híbrida asociación de capitalistas sostenedores de viejos privilegios sin aspiración espiritual alguna que justifique su nombre y en su seno se refugian individuos que siempre han hecho alarde de "libre pensamiento" y de los cuales alguno, autor de una novela sicalíptica, ha llegado a ser su candidato a la Presidencia de la República. Si los actuales revolucionarios, que enarbolan la bandera del orden constitucional, hicieran solo una guerra de caudillos, México perdería irremisiblemente su independencia, su derecho a la vida.

El primer traidor de los legalistas fué un coronel fe-

deral. Los oficiales federales forman una especie de francmasonería armada. Tienen una disciplina: la del "compañerismo", ahí está el punto de honor. No piensan que están pagados por la nación para defender su independencia y sus instituciones, para defender al pueblo, que los paga y los honra, de sus enemigos de dentro y de fuera, sino en cuanto esto se concilia con los intereses de "la clase". A la antigua rivalidad de los generales que producía el "cuartelazo", ha venido a suceder la "mafia militar" que es como el conglomerado de todos los vicios de un pretorianismo peligroso y estrecho que traiciona los intereses del pueblo y se enfrenta a este para combatirlo, dominarlo y someterlo. El Ejército Federal no es otra cosa, hoy día, que una MAFIA ARMADA.

Los partidos políticos se van. En México. no existen porque su momento histórico, poniendo los intereses de las clases en oposición, solo permite la lucha extrema. Pero también se van de Francia, se confunden en España y se esfuman en otras naciones. Acaso son ahora demasiado vastos y complejos los intereses de la civilización para encerrarlos en una tesis doctrinaria. ¿Donde están ahora los ideales? En el mundo, sobre la perversión universal, un sólo hombre sostiene la bandera: Woodrow Wilson. Ni en Europa ni en América existen ya los ideales altos, los nobles y fecundos ideales de libertad, de derecho, de justicia. En el fondo del socialismo moderno hay intereses egoístas y tiránicos. Si esto es tan explicable en países cuya civilización refinada ha traído como natural consecuencia una lucha por la vida intensa y despiadada, entristece observar en países que como México y todos los de América española, entran apenas a la vida —una vida de mesa puesta— y ya sus hombres públicos se muestran tan desenfadadamente utilitaristas cuando no, en casos frecuentísimos, desvergonzadamente cínicos. Cuéntase que cuando el patriota inglés Harrison marchaba al cadalso, una voz del pueblo atraía-

do por el siniestro espectáculo, le preguntó: ¿Donde está el ideal?—Aquí,—contestó el mártir señalando su corazón. Si esto lo hubieran preguntado a Moheno, habría señalado su barriga.

Los políticos capitolinos hablan mucho de "patriotismo," en los labios tienen siempre frases huecas sobre la "soberanía de la República", sobre la "libertad", sobre el "valor", y los gobernantes explotan con facilidad estas tres cuerdas; pero raramente se ocupan de analizar su verdadero sentido, de acatar las leyes todas, las escritas en los códigos y las que escribió Dios en la conciencia. Las pregonan mucho y las practican poco. La palabrería declamadora y engañosa adrede, de los políticos y periodistas, tiene aturdida la conciencia pública. Como su prototipo de la Barra, los políticos sudistas son salvajes barnizados de blanco.

Cuando los americanos desembarcaron en Veracruz, un cuatro veces heroico hombre, el Gobernador Cauz, en el balcón del Palacio de Gobierno de Jalapa, se dirigió al pueblo en los siguientes términos: "Pueblo mexicano: bien conocido es tu amor a la Patria y a la libertad, tu indomable valor, tu heroico celo por la soberanía de la República. Los americanos tienen acorazados y cañones, pero no importa: sus alardes se estrellarán ante tus nobles e invictos pechos.... Con arma blanca los haremos retroceder". Claro, como en Balderas. Mi pobre lavandera de la Habana, que me repitió esas palabras aterrorizada, llamó a su joven hijo y le espetó este discurso: "Desde orita te metes debajo de esa cama. Yo veré como me las arreglo para que comamos sin que tú trabajes, pero no les vas a servir de trinchera a esos señores que quien sabe con que fines les están picando la cresta a los gringos". Y hasta la Habana vinieron a parar madre e hijo....

En la América tropical, por temperamento, por clima, pero sobre todo, por falta de educación, el criollo de actividad y energía es planta rara. Su esfuerzo es efímero, como sus amores. En cambio, su entendimiento es despejado, vivo a veces. En el Sur de México, los "hombres fuertes" son escasos. Los hombres fuertes de la actual guerra civil, son todos mestizos con buena dosis de sangre india y si la dirigen algunos criollos en la parte burocrática, es solamente por la superioridad de su cultura. La fibra de Madero, de Carranza, no abunda en el criollo que es, por lo general, tan incompleto, tan frágil, comparado con los europeos, los japoneses, los yanquis o los indios, que, más que hombre, parece, con frecuencia, semi-hombre.

El régimen español, que aun perdura en México después de un siglo de independencia, como perdura también en casi toda la América ex-española, dividió la sociedad en dos clases perfectamente demarcadas: los poseedores de la tierra y los indigentes, es decir, los trabajadores, aparte del comercio que, por natural consecuencia de la inercia nacional, ha estado siempre en manos de los extranjeros. El terrateniente, español o hijo de español y el indigente, siempre indio o hijo de indio con poca sangre española (indio de bigote, mestizo). Para el uno, el trabajo es vil y para el otro es improductivo. El terrateniente es rentista por carácter: el indigente sabe que nunca conseguirá por su trabajo una tierra que jamás es el fruto, la recompensa del trabajo, sino el producto del privilegio. Y de ahí su "pereza".

En el terrateniente, la pereza es absurda porque lo lleva a la hipoteca, a la ruina. En el indigente, es perfectamente justificada porque sabe que ni la pereza ni la diligencia lo llevarán a ninguna parte.

La pereza no es un sentimiento venido de la nada al cerebro humano. La pereza no es otra cosa que una cos-

tumbre adquirida por la falta de actividad dijo un filósofo célebre y esta verdad la hemos experimentado todos alguna vez en nuestra vida. Yo no sé de nadie que trabaje sin objeto, por puro gusto. Nadie trabaja porque nació activo, sino porque se acostumbró a ser activo. La actividad está en relación directa con las necesidades o con el concepto que se tiene de la vida. Por eso el criollo es haragán y por eso el Indio no trabaja tanto como sus explotadores quisieran.

A los menos americanos de los americanos, se les llama "americanos" cuando todo el mundo sabe que son europeos transplantados sin gota de sangre americana. En cambio, a los americanos de aquende el Bravo, se les llama "latino-americanos" o "hispano-americanos". América no es latina porque no habla latín, lengua litúrgica muerta y solo es española porque habla español, pero su gran masa es india. El español no es latino sino ibero y el ibero no es ni siquiera ario sino semita. El verdadero americano es el azteca, el araucano, el Indio, en fin. La misma razón hay para llamar española a esta parte de América, que africana, pues los pobladores negros puros son en ella, particularmente en el sur de la Unión, en las Antillas, en el Brasil y en casi todas las zonas tórridas de América, tan abundantes como los blancos puros.

Para merecer la simpatía de los metropolitanos, un caudillo no necesita más que esto: triunfar. En realidad, consideran las hondas cuestiones que indios y mestizos están dirimiendo a cañonazos, como una carrera de caballos o un match de foot-ball. Lo mismo ha sido siempre: aplauden al que llegue, sea quien fuere. Los rotos tienen mucho de mujer, no hay que dudarlo. Lo que más se admira, como lo que más se desea, es aquello de que más se carece. Si inmediatamente después

del triunfo de Ciudad Juárez, los constitucionalistas hubieran entrado a la capital, Carranza habría pasado desapercibido entre el delirio con que la turba metropolitana habría aclamado a Pancho Villa, como aclamó a don Porfirio, a Madero, a Felix y a Huerta. ¿Quién duda hoy que los sudistas tienen alma de esclavos? Pero jamás lo creerán ellos. Les acontece lo mismo que a ciertos insectos que habitan las cavernas y pierden la vista a fuerza de vivir en la oscuridad....

Si Madero no hubiera sido consecuente con su política de fraternidad nacional, si no hubiera sido el conciliador, el regulador, el moderador de los grandes ímpetus que deberían acometerse más tarde, al apoyarse en la única clase que le prestó su apoyo, la habría organizado poniendo en actividad un partido indio que proclamase la redención de la raza; pero refrenó su generosa tendencia porque comprendía el peligro de formular, a la luz del mundo, el gran fondo de la Revolución, el ideal de Caridad, de Justicia que podría interpretarse como un antagonismo declarado, y culminar con la subversión de los intereses, en una lucha de razas con todos los errores, exageraciones e iniquidades consecuentes. Prefirió contemporar preparando al pueblo, por el ejemplo y la enseñanza, al ejercicio pleno de sus derechos, encaminándolo, con la cooperación de todos, a la libertad en bien de todos, pues bien sabido es que, en toda sociedad, la esclavitud de uno solo, ataca la libertad de cada uno.

El criollo escapó a un primer peligro al hacer Madero su revolución *en el Norte*. Escapó a un segundo peligro con la política conciliadora de Madero. Escapó a un tercer peligro al hacer Carranza su revolución *en el Norte*. Si esta vez, el criollo no se conforma, vendrá la revolución *sudista* del Indio, la revolución final y franca-